

CAPITULO XXII

¿Quién pasa por aquí á esta hora?

Clennam había emprendido su último viaje á Calais cuando más atareado estaba en sus ocupaciones de la fábrica, pues cierto gobierno berberisco necesitaba los servicios de dos ingenieros muy prácticos, capaces de construir con los elementos que tuvieran á mano cuantas máquinas se necesitaran, y Daniel Doyce fué uno de los dos ingenieros mecánicos que se eligieron.

No era posible prever si debería estar ausente algunos meses ó cierto número de años; pero los preparativos de marcha, y el informe que se debía presentar sobre los resultados de la asociación, que Clennam quiso someter á la aprobación de su compañero, exigieron un trabajo constante y rápido día y noche. Arturo había aprovechado el primer momento de

ocio para cruzar el Canal de la Mancha, apresurándose después á volver á fin de despedirse de su asociado.

Clennam presentó entonces á Daniel Doyce su informe muy detallado, en el cual se expresaban con toda claridad los beneficios y las pérdidas, los desembolsos que se debían hacer y las sumas que habían de ingresar. El mecánico examinó todos estos detalles con su acostumbrada paciencia, admiró mucho el buen orden de las cuentas, é interésóle todo tanto como si hubiera descubierto algún mecanismo más ingenioso que los inventados por él hasta entonces.

—Todo esto me admira por el orden y la regularidad, amigo Clennam—dijo al fin;—no podría presentarse nada más claro y minucioso.

—Me satisface mucho su aprobación, Doyce—repuso Clennam;—y ahora, tratándose del empleo de nuestros fondos durante la ausencia de usted, y de la conversión de los capitales que necesitaríamos hacer de vez en cuando...

—En cuanto á esto y á las demás cuestiones del mismo género—interrumpió el socio,—es asunto de usted; yo le autorizo para seguir administrando en nombre de los dos, como lo ha hecho hasta ahora, aliviándome así de una carga que me pesaba mucho.

—Sin embargo, como ya le he dicho varias veces, no deja usted de ser un buen administrador.

—Puede ser—replicó Doyce sonriendo;—pero tengo otra vocación, y no me creo tan apto, prescindiendo de que me inspira usted la mayor confianza. En todo cuanto concierne al dinero y las cifras, no tengo preocupaciones sino contra la especulación, y aun esto puede ser porque nunca reflexiono perfectamente sobre el asunto.

—A mí no me parece eso una preocupación, amigo Doyce, y sí una prueba de tener muy buen sentido.

—Me alegro de que lo crea usted así.

—Media hora antes de bajar usted hacía la misma observación á Pancks, que ha entrado á saludarme al paso: ambos estamos conformes en que la colocación aleatoria de fondos es la más peligrosa, así como también la más común de esas locuras que con frecuencia merecen más bien el nombre de vicios.

—Pancks—dijo Doyce,—es un hombre muy prudente, en quien tengo la mayor confianza.

—En efecto, es un modelo de prudencia.

—Y ahora, querido socio—añadió Doyce después de con-

sultar su reloj,—como el viento y la marea no esperan á nadie, y estoy dispuesto á ponerme en marcha con armas y bagajes, voy á decirle la última palabra: quiero pedirle un favor.

—Todo lo que usted quiera (Clennam había adivinado lo que su socio pensaba decirle...) mientras no se trate de renunciar al asunto de su invento.

—Precisamente es lo que iba á rogarle, y usted lo ha comprendido sin que yo le dijera nada.

—En ese caso le contestaré á usted que *no*, y mil veces *no*. Ahora que he comenzado, es preciso obtener de esa gente un informe oficial ó alguna cosa que se parezca á una contestación categórica.

—No lo conseguirá nunca—replicó Doyce moviendo la cabeza;—crea usted en mi experiencia y mi práctica.

—Yo lo intentaré; y de todos modos, á nadie se hace daño con esto.

—No lo sé—contestó Doyce, apoyando la mano en el hombro de su socio;—á mí me han envejecido, fatigado y desanimado; y á nadie le puede convenir gastar el tiempo y la paciencia, reconociéndose víctima de una injusticia.

—Tal vez algunos disgustos personales hayan podido producir ese efecto por el pronto.

—Vamos, ¿con que no accede usted á mi demanda?

—No, decididamente no, amigo mío; me avergonzaría de ceder tan pronto cuando un hombre de más edad, y más interesado que yo en la cuestión ha resistido tantos años.

Viendo que no había medio de disuadir á Clennam, Doyce le estrechó la mano, y después de dirigir una mirada de despedida al escritorio, bajó con su amigo. El mecánico debía marchar desde luego á Southampton para reunirse con los operarios que habían de acompañarle en la expedición. A la puerta de la fábrica esperaba ya el coche, y también un grupo de obreros, que deseaban despedirse de su maestro.

Juan Bautista, aquel extranjero tan agradecido, hallábase entre los trabajadores, y diólo profiriendo tres *hurras*, tan enérgicos como de él podían esperarse, pues á decir verdad, no hay nación alguna en el mundo que sepa aclamar como los ingleses; cuando se excitan entre sí con sus bravos, pudiera creerse que pasa toda la historia de Inglaterra y se despliegan todas las banderas antiguas y modernas desde Alfredo el Sajón hasta nuestros días. Juan Bautista recobraba

aliento, cuando Clennam le hizo seña de subir al escritorio para colocar de nuevo los registros en su sitio.

En la calma tranquila que se sigue á una marcha, en ese primer vacío que produce una separación pasajera, precursora de la eterna separación á que están sometidos todos los mortales, Arturo, sentado en su despacho, fija la vista en un rayo de sol, absorbióse en sus reflexiones, y por centésima vez, repasó en su memoria todas las circunstancias que tanto le impresionaron la noche que encontró á Blandois en casa de su madre. Parecíale estar viendo aquel hombre á la puerta de la antigua casa, fija la vista en las ventanas de la señora Clennam y tarareando la primera estrofa de una antigua canción que con frecuencia había oído á las niñas entonar á coro. Llevado de su pensamiento, Arturo repitió la estrofa sin echar de ver que lo hacía en alta voz; y no fué poco su asombro al oír una voz que cantaba la siguiente.

Era Cavalletto, que recordaba respetuosamente las palabras y la música á su amo, creyendo que éste se detenía por no recordar más.

—¡Hola!—exclamó Arturo,—¿conoce usted esa canción?

—¡*Per Bacco*, ya lo creo! Todas las niñas la cantan en Francia, y todo el mundo la sabe allí. ¡Qué dulce era la voz del sér inocente á quien se la oí cantar la primera vez!

—No puedo yo decir lo mismo—repuso Clennam;—la voz de aquel á quien se la oí la última vez no era la de un inocente, sino todo lo contrario.

Y recordando de pronto otra frase de Blandois, Arturo la repitió maquinalmente. «¡Rayo del cielo, señor mío, la impaciencia es propia de mi carácter!»

—¡Cómo!—exclamó Cavalletto, palideciendo de pronto.

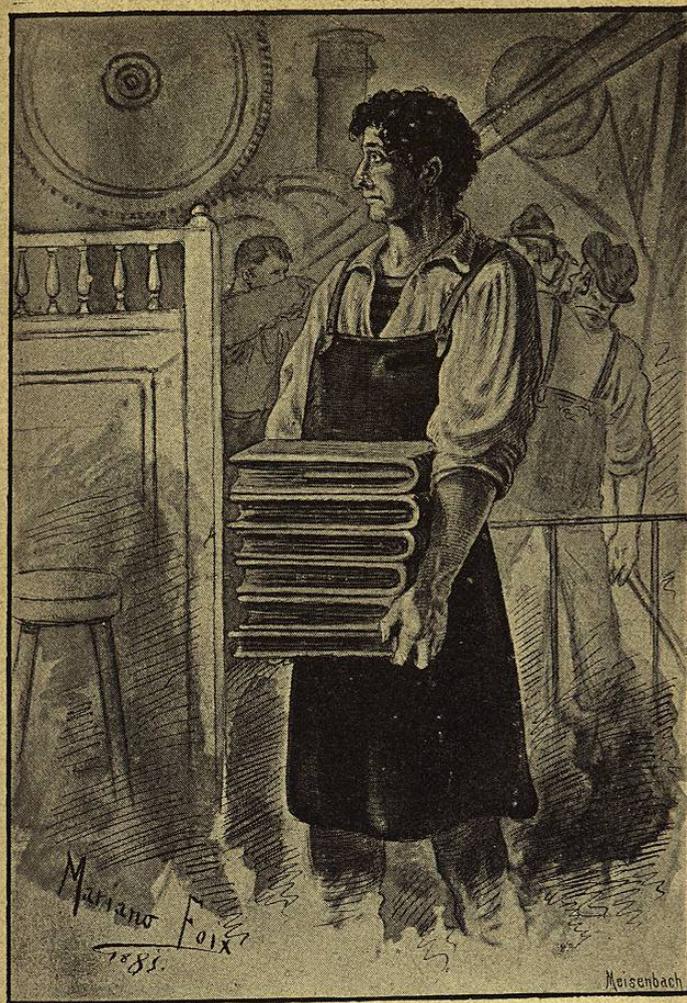
—¿Qué tiene usted?—preguntó Clennam.

—¡Ah señor! ¿Sabe usted dónde he oído esa canción la última vez?

Y con esa viveza característica de la gente de su nación, el italiano trazó una nariz, ahuecóse el cabello, dilató su labio superior para representar un espeso bigote, y echó sobre su hombro la extremidad de un capote imaginario, imitando una sonrisa siniestra, mientras ejecutaba esta pantomima con increíble rapidez. Cuando hubo terminado, Cavalletto permaneció inmóvil y pálido delante de su protector.

—¡En nombre del cielo! ¿qué quiere decir esto?—preguntó Clennam.—¿Conocería usted á un hombre llamado Blandois?

—No—contestó Juan Bautista moviendo la cabeza.



Cavalletto

—¿No es el hombre que acaba usted de describir el mismo que entonaba la canción?

—Sí.

—¿Y no se llamaba Blandois?

—¡No! ¡*Altro, altro, altro, altro!*—exclamó el italiano con la mayor energía.

—Espere usted—repuso Clennam desdoblado el anuncio y extendiéndolo sobre la mesa.—¿No era este hombre? Podrá conocerlo por lo que voy á leer; y hasta mejor es que lea conmigo; venga usted acá.

Juan Bautista se acercó, y después de escuchar y leer con impaciencia hasta el fin, puso ambas manos abiertas sobre el impreso, cual si quisiera aplastar un animal dañino, y exclamó mirando á Clennam:

—¡El es, él es!

—Este descubrimiento es para mí más importante de lo que usted pudiera creer—dijo Clennam con voz agitada;—dígame usted todo cuanto sepa de ese hombre.

Cavalletto, soltando el anuncio con aire de consternación, retrocedió un paso y repuso, como si temiera hablar:

—En Marsella...

—¿Qué hacía allí?

—Estaba preso... y á mí me parece que era un... (Bautista se acercó para decir en voz muy baja:)... ¡un asesino!

Clennam retrocedió como si acabara de pisar un reptil, espantado al pensar que su madre estaba en relación con semejante hombre. Cavalletto, doblando una rodilla, suplicó á su protector con muchas gesticulaciones que escuchase cómo era que había estado en tan mala compañía.

El italiano refirió entonces, con la mayor sinceridad, que á consecuencia de una tentativa para introducir contrabando, se le había puesto preso en el mismo cuarto que en la cárcel de Marsella ocupaba aquel hombre, el cual se llamaba entonces Rigaud; que una vez recobrada su libertad y habiendo roto con sus antecedentes, el infame asesino le encontró en una posada de Chalon sobre el Saona, donde le dijo que no le llamase por otro nombre que el de Lagnier; y que éste le propuso asociarse con él, pero que le temía y odiaba tanto, que huyó de la posada antes de amanecer para librarse de semejante compañía. Al terminar su relato, con su natural viveza, Cavalletto volvió á poner sus manos sobre el anuncio, y repitió con una energía que hubiera parecido locura en un hombre del norte:

—¡Es él; es el mismo asesino!

—Escuche usted—dijo Arturo con tono grave,—ese hombre, según acabamos de leer, ha desaparecido...

—¡Tanto mejor!—interrumpió Cavalletto juntando las manos,—¡gracias á Dios! ¡Maldito asesino!

—No... porque á menos de saber dónde pára, yo no podré tener un momento de reposo.

—Eso es otra cosa, querido bienhechor; entonces un millón de perdones.

—Muy bien, pero ahora escúcheme usted—añadió Clennam cogiendo á Cavalletto suavemente por el brazo para mirarle cara á cara;—yo creo firmemente que está usted tan agradecido como puede estarlo hombre alguno por el poco bien que le he hecho.

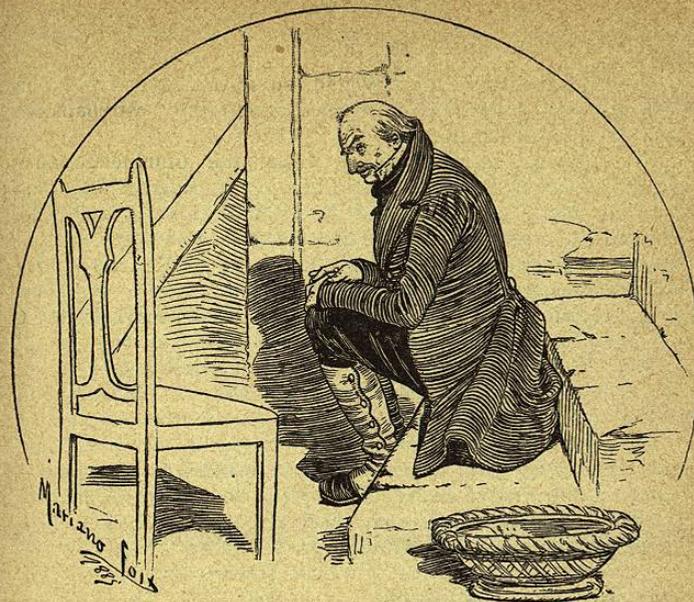
—Se lo juro á usted.

—Ya lo sé, Cavalletto. Si puede encontrar á ese hombre ó averiguar lo que ha sido de él, ó bien obtener algún informe, me dispensará el mayor servicio, y entonces yo le estaré más agradecido aun de lo que usted pueda estarlo de mí.

—No sé dónde buscarlo—replicó el italiano besando con efusión la mano de Arturo,—ni siquiera se me ocurre por dónde comenzar ni á dónde ir; pero... ¡valor; su deseo de usted me basta y poco importa lo demás! ¡ahora mismo voy á buscar!...

—Ni una palabra de todo esto á nadie—dijo Clennam.

—¡*Altro, altro!*—exclamó Cavalletto alejándose.



CAPITULO XXIII

Affery hace una promesa condicional respecto á sus sueños

La convicción recientemente adquirida de que Blandois era un miserable, redobló la inquietud de Clennam. Aunque se consiguiera explicar su desaparición, esto no disculpaba que su madre hubiese estado en relaciones con semejante hombre, y lo único que Arturo podía esperar era que no se divulgara; pero no le sería posible echar en olvido la escena que presenció, ni dejar de creer que no hubiese algo de criminal en tales relaciones.

Esto era para Arturo Clennam como una pesadilla, en la cual pareciale ver deshonorada la memoria de sus padres. El objeto que principalmente le había llamado á su patria no podía realizarse, por la invencible tenacidad de la parálitica, en el momento en que más urgente era tal vez realizarlo: sus